

---

## CAPITULO SEGUNDO

### CASA DE LA JOVEN ISABEL Y LO QUE SUCEDIO

**E**L estudiante, o sea Fernando, antes de entrar a la mansión de la joven, procuró darse cuenta, aunque fuera ligeramente, del lugar y características de la finca, pero por la obscuridad de la noche y debido a que en aquel entonces aún carecía de alumbrado esa calle, no pudo conseguir su objeto, sino medianamente. (La ilustración ostenta una ménsula o pié de gallo con un farol, pero su instalación fué ejecutada algún tiempo después de la fecha de los acontecimientos.)

Pasados algunos días y al amparo de la luz solar, Fernando realiza sus propósitos tal y como lo deseaba su espíritu observador:

Comprobó, de acuerdo con sus ya avanzados conocimientos, que la fachada de la mansión

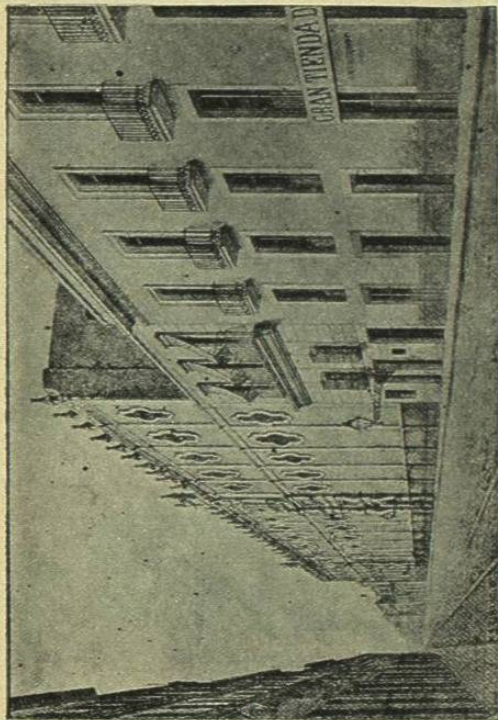


Lámina V.—COLEGIO DE SAN ILDEFONSO FUNDADO POR LOS JESUITAS  
EL 17 DE ENERO DE 1618 Y CERCA, LA CASA DONDE  
VIVIO ISABELITA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX.



referida no era de un estilo determinado, pero sí muy sencilla; las mochetas, repisiones y corniza, de pobres molduras de piedra lisa labrada; los balcones del entresuelo, un poco bajos y de regulares proporciones en el piso principal; los entrepaños, chapeados con tezontle rojo oscuro; se distinguían dos canales sobresalientes del pretil de idéntico material y el resto de ellas con tubos de hojalata algo oxidados por la inclemencia del tiempo e inclinados para su fácil escurrimiento de las aguas pluviales recogidas durante la estación de lluvias. Esas aguas caían a la orilla de la mal construída banqueta ya que sus losas, de tamaño desigual, estaban colocadas con lamentable carencia de simetría, exponiendo a los tranquilos y confiados transeuntes a recibir un molestísimo e inesperado baño.

Así, pues; en aquella noche, durante los escasos segundos que Fernando estuvo parado en la calle, desde la puerta de entrada dominó el interior de la casa porque la misma estaba bien alumbrada, apreciando que frente al zaguán, con piso de losas de media vara en cuadro de color de rosa, estaban las grandes puertas que giran sobre quicialeras de bronce, de gruesa madera de oloroso cedro, formando és-



Lámina VI.—ISABELITA Y SU HERMANO RODRIGO EN COMPAÑIA DE OTRAS PERSONAS.



tas pequeños tableros abultados y claveteados a distancia con chapetones de metal; dos arruajes que están a la expectación, supone que sean de lujo por lo cubiertos que se encuentran en sus blancas vestiduras de lona con franjas de color encarnado, luciendo sus grandes cifras heráldicas de sus dueños; más allá, a la vista exterior, se distinguen los movimientos de los frizones retintos y alazanes, amarrados en sus jáquimas de cuero pendientes de sus cadenas, cubiertos unos y otros con sus correspondientes camisas de balleta, bordadas en éstas las mismas cifras con orlas del color ya indicado; los pesebres muy limpios por estar atendidos bajo la dirección del mulato cochero de nombre Petronilo, del caballerizo Sulpicio y los esclavos; y, contigua a la cochera, una pieza que sirve de habitación a Petronilo y su familia, así como para que, desde ahí cuidar la entrada; el resto de la citada servidumbre, ocupaba otras habitaciones del segundo patio anexas a la planta baja de la misma casa.

Nuestros jóvenes, bien cogidos del brazo y a la luz que proyectaba la gran farola colocada en el centro del patio principal, suben por la escalera enlosada que conduce a un entresuelo y se dirigen a una habitación sencilla, arregla-

da y de refinada limpieza; ese aposento, cuadrado, de grandes dimensiones como se construían las casas coloniales con todas sus dependencias muy amplias; el acomodo y pormenor de los muebles era el siguiente: ocupada la mitad por la asistencia y el resto en recámara pero sin división o mampara alguna que la seccionara; el joven, al penetrar, ingenuo y dado su carácter ya conocido en el capítulo anterior, experimentó agradable sensación con el conjunto aquel que hacía honor de lo arreglada de su propietaria, pero se abstuvo de revelar sus impresiones.—El autor de estas narraciones históricas describe el entresuelo que se ha conservado exteriormente en su presentación antigua con insignificantes variantes y sin que la piqueta demoledora haya tendido los brazos que la impulsa para derribar la susodicha casa, como sigue:

De techo bajo como todos los entresuelos que casi se puede tocar el artesonado con los dedos; a la entrada, a su derecha, y adosado al centro del lienzo de pared, hacia la parte media de la misma pieza y única que Fernando conoció, estaba colocado un Clavecín (antecesor del piano) de manufactura alemana luciendo en la cubierta un rico mantón de seda negra,



floreado de vivos colores, y cuyo instrumento de armonía desempeña especial papel en la escena que a su tiempo se ocupará de él; el piso principal ostenta en el corredor un sinnúmero de macetas con plantas, así como sus magníficas tinajas de barro lustrosas, manufacturadas en Cuautitlán, de un rojo encendido y destinadas a depósito del agua fresca; detalle que involuntariamente apreció al fijar la vista y que no llegó a presentarse la oportunidad de que él pisara esa dependencia de la misma casa, porque los familiares de la joven se encontraban, con raras excepciones, todo el año fuera de México, como se verá después. Cerca del balconcito y al mismo nivel del piso interior formado por soleras cuadrados de arcilla cocida, pintadas de púrpura y hasta el exterior donde termina en una barandilla de barrotes de hierro toscamente forjados y un bastidor de dos hojas de madera de ocote mal entintadas y barnizadas, ha mucho tiempo, con sus vidrios cuadrados, existía un claro, único en esa pieza, por donde recibía luz de la calle durante el día y daba vista al frente con el Cuartel Provisional de una Fuerza de Granaderos a Caballo; inmediato al claro referido, se encontraba colocado un sofá de respaldo oval, un aguama-

nil pegado a la misma vidriera, con sus enseres y menesteres correspondientes, a saber: dotación de agua a la temperatura del aposento, depositada en una Jarra o Jofaina, jabón de exquisito aroma, dado el perfume en él mezclado, y los diversos adminículos que en aquella época formaban parte integrante del tocado femenino; menesteres que alguno de ellos usó el estudiante para su aseo personal con la amable anuencia de su dueña quien, además, le facilitó un finísimo peine para arreglarse los bucles de su rizada cabellera.

El nombre completo de la dama que nos ocupa era Isabel Eulalia de Alonso Ruigomez, nacida en Jerez de la Frontera, bella y encantadora población, perteneciente a la Provincia de Cádiz, España; de alta alcurnia é hija de uno de los Duques de Medina y Troncoso. Radicaban sus padres en el Valle de Tlacolula, Oaxaca, en donde poseían una casa solariega con extensas propiedades agrícolas que les producían pingües ganancias y sólo en México, teniendo carruajes y casa puesta que en parte conocemos, pasaban algunas cortas temporadas.

Isabel se encontraba, digamos, de incógnito en la capital por aquel entonces con su aya de compañía y accidentalmente su hermano Ro-



drigo que había llegado días antes para arreglar algunos negocios relacionados con las haciendas de su Señor padre, de quien recibió instrucciones para regresar en cuanto terminara los asuntos que lo obligaron a venir.

Era Isabel de constitución sana, estatura y formas esbeltas bien proporcionadas, cara redonda de tez muy blanca, ojos vivarachos, semidormidos al mirar, negros como el azabache, luceros que han de haber brillado en la oscuridad y vaya que impresionaban, pues eran testigos elocuentes de la nobleza de sentimientos que abrigaba su tierno corazón de mujer varonil; por eso el joven fué sugestionado con la mirada que le sorprendió en la primera vez, calificando a la joven de una dama singular; su nariz griega, boquita de labios sonrosados, cejas y pelo castaño oscuro, barba con huellelo que provocaba a besarlo, y, además, un lunar coqueto en la cara; total: una Duquesita con toda su figura salerosa.

Para terminar la descripción de aquella estancia, a la izquierda de la entrada y pegada a la pared, estaba una cama de estilo cubierta de telas finas y albeantes con encajes aplicados a los cojines y almohadones, cuyos tejidos, tal vez, fueron ejecutados por las manos

delicadas de alguna monja o por los de la misma moradora; ésto no se llegó a saber; una imágen a la cabecera de la referida cama, indicio que Isabel profesaba la religión católica y no era una Judaizante que, de serlo, estaría expuesta a ser llevada en la Caleza Verde derecho a la Inquisición; (1) un baúl o arcón antiguo de madera corriente con sus fornituras de fierro y dibujos calados; una mesa de centro color café que se utilizó para jugar a las cartas y que el estudiante en tan amable compañía de Isabel, pasó las horas plácidamente.

Isabel le habló, con entusiasmo, de toros; refirióle que había figurado como Reina en algunas corridas en Sevilla, Jerez (su tierra natal) y Málaga; en esas ocasiones hizo vistosa gala con su mantón negro que estaba puesto sobre el ya mencionado Clavecín y sus peinetas de carey que guardaba juntamente con los Moños de seda brindados por los matadores en su honor; departieron en asuntos de política y otras cosas entre juegos de naipes, habiéndose dejado ganar Isabel con toda intención en la pri-

(1) La Inquisición fué fundada en México, el 4 de noviembre de 1571 y clausurada el 31 de mayo de 1820.—Datos de la obra "México Viejo" por Don Luis González Obregón.



mera noche de velada con Fernando, quien era torpe en el juego, tres peluconas, (moneda que circulaba en esos tiempos,) pero éste, por delicadeza, antes de marcharse en la mañana, disimuladamente y en forma discreta colocó las monedas en un juguete de los destinados al adorno de la indicada mesa y con la intención de que más tarde las recogiera Isabel.

Además, existía un estante o librero de regulares proporciones de estilo colonial y de madera fina, conteniendo varias obras de literatura y diversos libros de algunos autores; encima de este mueble o sea la cubierta, un Tibor antiguo de bonitos dibujos, como de media vara de alto, manufacturado quizá en Talavera de la Reina o en la Puebla de los Angeles y, colocados a ambos lados, dos candeleros de bronce bien bruñidos; en el centro de esa pared pendía un cuadro pintado al óleo con su marco y que representaba una escena religiosa; con esto y otras cosas de menor importancia, completaban el confort del entresuelo aquel de acuerdo con una ligera vista de ojos.

El estudiante Fernando pudo apreciar desde luego, por su penetración, a pesar de sus juveniles años y corto de experiencia, que de la conversación sostenida con Isabelita (así la llama-

remos en adelante, con cariño y vaya que se lo merece), hizo atinada justicia de la inteligencia natural poco cultivada por los años de la joven y simpática Jerezana, así como de su ingenuidad suma demostrada al aceptarlo en su casa a esa velada; no se equivocó, ya que éste se condujo con refinada pulcritud dentro de las circunstancias que se presentaron en esa ocasión para con la que conociera horas antes; ambos con buen tacto, conquistaron un mutuo afecto al grado de que en la misma noche se hablaban de tú, como colegiales que anteriormente ya se habían tratado. Así de ingenuos y francos eran los dos.

Escasa fué la conversación de esta naturaleza departida en el sofá que ya conocemos y de la misma surgió que Fernando, con la vista al instrumento musical ya descrito, rogara a Isabelita pasase a él; ella, solícita y con muy buena voluntad para complacerlo, le preguntó que pieza le agradaba, a lo que contestó, con la atención debida, se le honrara con el Himno; la joven pidió al galán se sentara en el banquillo para hacer sonar el instrumento con la pieza elegida, la que se ejecutó de tal manera, que tomando los dedos de Fernando, éstos los apoyaba en las teclas y los finos y blancos dedos de Isabe-



lita servían para guiar los de aquél; el sonido de la primera estrofa ocasionó una agradable sorpresa para los dos llena de contento; pues la dama, accidentalmente, hizo el papel de maestra de música.

En las noches subsecuentes, a guisa de remedo de la primera velada, se volvió a tocar a dúo.

A Fernando le agradaba la armonía de la música que no llegó a dominar sino años más tarde, el arte dulcísimo de los afamados compositores y músicos, como Mozart, Beethoven, Haydn, Cimarosa y otros que supo interpretar con maestría y fácil ejecución; sin embargo, con el obsequio recibido de Isabelita en esos momentos, nuestro Médico en ciernes quedó prendado de las cualidades que adornaban a la amantísima joven, quedándole para siempre una grata impresión unida a los lisonjeros recuerdos de la primera como de la última velada verificada en la flor de su edad y de soltero, en compañía tan amable de la bella y simpática Isabelita.

En la noche de tan feliz acontecimiento entre los dos jóvenes enamorados, él, Fernando, con toda discreción y en ausencia de su hermano Rodrigo, quien había bajado antes del piso prin-

cipal al entresuelo para jugar a las cartas en consorcio con ellos, le hizo a solas una pregunta intempestiva y de acuerdo con sus sentimientos, (Fernando ya presumía ser conocedor, además de Anatomía, algo de la ciencia de Esculapio) consistente en que le dijera, Isabelita, si tenía hijos; ella, con toda sinceridad y sin ruborizarse por la pregunta, contestó que poseía un niño de pocos años; no entró en detalles ni dijo el motivo de su aislamiento.

¡¡Qué!... ¿A aquella criatura al nacer, su progenitor viviría en Oaxaca o en la misma Capital?

¿Fueron estas reflexiones de Fernando, efecto producido por desconfianza o de prematuros celos?

Es de suponer con respecto a las preinsertas preguntas, que Fernando ya empezaba a enamorarse de Isabelita pero no quiso descubrir la incógnita, ya que no era prudente intentarlo.

No dejó de preocupar a Fernando la declaración de labios de Isabelita; pues quedaba realmente en un predicamento demasiado difícil y se exponía a afrontar una situación embarazosa al seguir frecuentando su casa. Con sobrada razón suponía en la revelación y, al verificarse ésta, confirmó por sí y con los por-



menores que observó, que ella no era casada ni viuda; además, por su discreción, no se atrevió a hacerle otras preguntas sobre ese particular, porque comprendió desde ese momento, que estaba jugando un mal papel lleno de incertidumbre y de compromisos desagradables que inesperadamente se le presentaban, ya que Isabelita le brindó, en principio un afecto salido de su corazón.

En vista de todas las consideraciones que en sí se hizo Fernando, resolvió, en su fuero interno, por no volver; pero, por cortesía, ofrece hacerlo.

Procuró no seguir adelante en sus contrastadas ilusiones y sacrificó el cariño que ya abrigaba desde la primera velada tan animada y que le sumó la satisfacción, de conservar el agradecimiento y gratitud imperecedera en honor de Isabelita por lo que, resignado con su suerte, elevó sus votos muy fervientes al Ser Supremo por el bienestar de ella.

Transcurrieron algunas horas de esta última velada como otras anteriores, entre amena conversación y juegos de naipes, acompañado de su hermano Rodrigo quién deseaba además, divertirse en la "Malilla", pero como en este juego intervienen cuatro personas, fué necesario

completarlas en esta vez con Aldegunda, o sea la aya de compañía, suplente al jugador faltante.

Terminó el juego indicado y encontrándose Rodrigo muy desvelado a consecuencia de no haber dormido en noches anteriores, resolvió retirarse a su recámara confiando en que Aldegunda (la aya) acompañaría a su hermana, pero no sucedió así porque la venció el sueño; circunstancia que los dos enamorados aprovecharon para, ya sin testigos, cambiarse mutuamente apasionadas muestras de amor...

Lo que mutuamente se dijeron Isabelita y Fernando, es de suponerse; y lo que pensaba el estudiante era de que sus ilusiones se remontaron al pináculo del tálamo nupcial, pero en esta ocasión como en otras varias anteriores, fué un sueño de despierto y que únicamente su mente bordaba en el vacío, cuyo resultado hicieron aumentar su contrariedad.

La aurora anunciaba un nuevo día esplendoroso con sus primeros rayos tibios del Astro Rey y Fernando, después de una despedida cariñosa para Isabelita con ofrecimientos de retornar muy pronto, baja la escalera por la que había subido la primera vez del brazo de la joven; ya en la calle, se detiene bajo el pequeño



balcón y suspira por aquella dama... Julieta no se presentó a decir "adiós" a su Romeo; quedaron, en consecuencia, suspendidas las veladas para Fernando. (ésto muy a su pesar porque estaba enamorado).

Se encaminó a su casa que se encontraba muy cerca de ese lugar de truncados ensueños, triste o pensativo, pero el caso fué, quizá, que no se dió cuenta del Sereno, buen observador y perpicáz, que estaba apostado en la próxima esquina, que lo vió salir por última vez de aquella mansión en la fresca mañana del día 10 de marzo de 18...

El joven estudiante, por su involuntaria distracción, no nomás dejó de fijarse en que estaba el referido Sereno, sino que tampoco del trajín que a temprana hora ya había en las calles; como por ejemplo: los gritos de los vendedores ambulantes que proponían sus mercancías; la presencia de algunas maritornes del barrio que llevaban sus canastas aprovisionadas y que regresaban del mandado para preparar el desayuno de sus amos, así como del típico aguador, de paso acompasado y silencioso, con su camisa de manta y encima de esta, un especie de capelo parecido a la figura de una armadura antigua de material de cuero; cinturón también de

cuero con una bolsa en la que guardaba el dinero y las navajas bien afiladas (llámense instrumentos de cirugía o de talabartería) que, para el caso, igualmente se empleaban para uno u otro servicio; por detrás, un rodete que servía para tener en equilibrio el bentrudo y lustroso "Chochocol" de barro, dentro del cual él llevaba su capital preciado: el agua; cubría su cabeza con un casquete de cuero que por medio de una cuerda se hacía pasar por la frente y sostenía, por las azas, la voluminosa vasija y, sujeto por delante a manera de contrapeso, su cántaro amarrado de otra correa que salía del amarre que llevaba en la cabeza.

De ese líquido se abastecía el aguador en la fuente cercana ( la tradicional de la plaza de Santo Domingo, llamada de la "Aguilita") y lo entregaba en las casas vecinas en las que, las maritornes, le llevaban las cuentas muy cabales y sin equivocarse, de los viajes de agua, valiéndose para dichas cuentas, de los colorines o patolas que se acostumbraban entonces para este servicio doméstico tan indispensable.

A dicho sujeto se le dispensaba la confianza en las casas por ser hombre honrado y tenía franca la entrada; servía, a maravilla, como cirujano gatuno; recibía gratificaciones por sus



mandados; en las mudanzas de muebles, con motivo del cambio a otras casas, él se ocupaba en dirigir las maniobras; y, por último, también era alca... chofa intermediario de la correspondencia amorosa introducida después por la maritornes para entregarla a la dulcinea de la casa.



Lámina VII.—EL AGUADOR O CIRUJANO  
GATUNO.



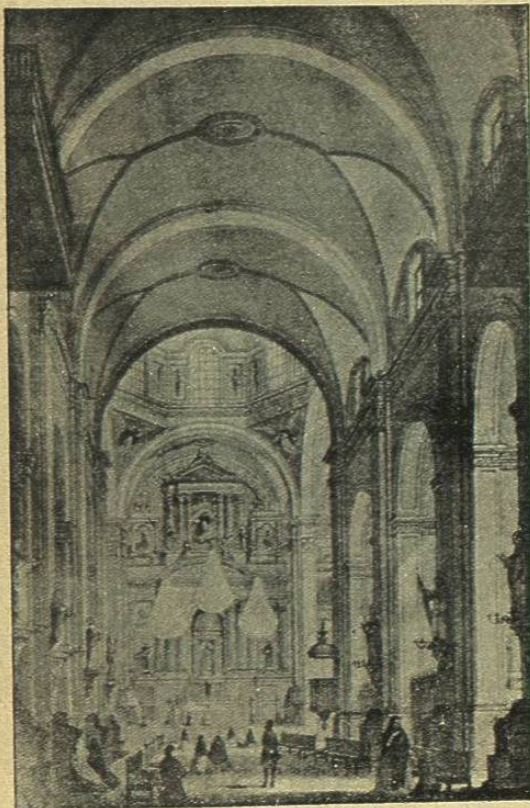


Lámina VIII.—ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA  
DE STO. DOMINGO, OBRA DE TOLSA.

---

### CAPITULO TERCERO

#### CASAMIENTO DEL MEDICO CON DOÑA LORENZA

**A**NTES de la proclamación de la Independencia encabezada por el Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla en el Pueblo de Dolores, de la Intendencia de Guanajuato, nuestro estudiante Fernando, había terminado en la Capital su carrera de Médico; se marchó a su tierra de nacimiento para estar en familia con los suyos y atender a sus paisanos enfermos, ejerciendo también la medicina en el Hospital de aquella localidad.

Después de persistir un corto tiempo, resolvió regresar a dónde había hecho sus complementarios estudios para establecerse definitivamente, pues contaba con un ambiente favorable de acción y de porvenir ya que había conquistado conocimiento con personas de estima-